

Lynaira Estrada
Historia de La Iglesia
Análisis Crítico 2
Profesor Julio Ortiz Báez

González llama “era de los altos ideales” al período medieval en que la Iglesia se propuso reformar su vida, purificar sus estructuras y pensar la fe con nuevas herramientas intelectuales, todo en medio del auge urbano y del nacimiento de las universidades. En el horizonte están cuatro hilos conductores: la reforma monástica y papal, las cruzadas, el florecimiento de la escolástica (con figuras como Anselmo, Abelardo y Tomás de Aquino), y la institucionalización del saber teológico en escuelas catedralicias y “estudios generales”. Este conjunto explica el nombre de la era: una intensidad espiritual que buscó traducirse en disciplina, misión, estudio y gobierno eclesial. Las reformas monásticas nacen como respuesta a males crónicos: simonía, intromisión de poderes laicos, acumulación de riquezas y relajamiento de la Regla. La reforma cluniacense (iniciada en 909) soñó con una Iglesia libre de presiones civiles y eclesiásticas, tomando al monasterio independiente como modelo: oración coral, solemnidad litúrgica y un ideal de pureza que, con el tiempo, se vio amenazado por la propia riqueza que atrajo su éxito. La reforma cisterciense reaccionó contra ese exceso litúrgico y económico, buscando mayor sencillez, trabajo manual especialmente agrícola y una vida de contemplación sobria; su impulso se asocia a Bernardo de Claraval, cuyas palabras devotas y autoridad moral marcaron la espiritualidad del período. En paralelo, la reforma papal (León IX y sus sucesores) quiso extirpar la simonía y generalizar el celibato, y luchó por una mayor independencia en el nombramiento de cargos, a la vez que el papado no sin tensiones afirmaba un papel de arbitraje doctrinal y de liderazgo público. Estas corrientes de reforma expresan el alto ideal de una Iglesia santa, unificada y libre para servir, pero también exhiben sus límites cuando la ambición o las dinámicas de poder contaminan la intención original. En este clima emerge otro ideal: recuperar

la Tierra Santa. Las cruzadas (XI–XIII) fueron leídas por sus promotores como peregrinaciones armadas, un voto llevado a su extremo que buscaba proteger a comunidades cristianas orientales y recuperar lugares santos. La Primera Cruzada conquistó Jerusalén (1099) y estableció estados latinos; las siguientes oscilaron entre reveses, acuerdos parciales (por ejemplo, con Saladino), desvíos escandalosos (el saqueo de Constantinopla en la Cuarta) y episodios de diplomacia. Más allá de su balance militar, marcan la época por su mezcla de piedad y violencia, por la circulación humana y económica que generaron, y por sus consecuencias ambivalentes: reforzaron el liderazgo del papado, intensificaron contactos y conflictos con Oriente e hicieron visible el riesgo de confundir ideal evangélico y proyecto político. Los contemporáneos no solían ver su fracaso como desmentido de los ideales, sino como falta de fidelidad para realizarlos; ahí se ve, de nuevo, la tensión constitutiva de la era entre grandeza del propósito y pequeñez humana. El impulso intelectual de la época cristaliza en tres figuras. Anselmo de Canterbury reabre la senda de “fe que busca entendimiento”: cree para comprender y, desde ahí, ofrece el argumento ontológico sobre la existencia de Dios y una teoría de la satisfacción de la obra de Cristo que influirá en siglos posteriores. Pedro Abelardo, por su parte, encarna el método que desembocará en la escolástica: su *Sic et Non* plantea cuestiones, ordena autoridades que parecen oponerse y exige a la razón teológica un trabajo de distinción y síntesis; en soteriología, subraya el amor ejemplar de Cristo y su fuerza moral para transformar al creyente. Tomás de Aquino culmina la ambición de integrar fe y razón: acoge críticamente a Aristóteles, distingue lo demostrable por la razón de lo revelado por encima de ella, y muestra cómo la razón puede servir a la inteligencia de la fe sin absorberla. Sus *Sumas* expresan el ideal arquitectónico del pensamiento medieval: belleza, orden y articulación de todo el saber bajo Dios. Estas trayectorias iluminan por qué esta era merece su nombre: no se conforma con creer; quiere

comprender, enseñar y ordenar la vida cristiana con rigor. Ese mismo ideal de orden se traslada al ecosistema educativo. Los estudios pasan de los monasterios a las ciudades; primero en escuelas catedralicias y luego en los “estudios generales” que darán origen a París, Oxford y otros centros. La universidad medieval, gremio de maestros y estudiantes, formaliza grados y métodos (lecturas, disputationes, comentarios a la Biblia y a las Sentencias), y propone un ritmo largo de formación de Artes a Teología, que busca convertir la fe en sabiduría pública. Allí la teología se hace diálogo: plantear tesis, escuchar objeciones y responder con precisión, un ejercicio que modela la enseñanza y, no menos, la predicación y la vida eclesial. En conjunto, monasterios reformados, papado en reforma, cruzadas, escuelas y universidades dibujan un mundo donde el ideal de santidad y el ideal de verdad empujan a la Iglesia a renovarse por dentro y a proyectarse hacia fuera. Al valorar la era de los altos ideales, conviene mantener juntos el brillo y la sombra. Hubo deseo genuino de santidad(ascesis, liturgia, caridad), de unidad (reforma institucional) y de inteligencia de la fe (método, universidades, grandes síntesis). También hubo excesos: riqueza y prestigio que corroen la reforma monástica, guerras santas que confunden celo con violencia, y tentaciones de poder que desdibujan el servicio pastoral. Justamente por eso el nombre de la era no es triunfalista: recuerda que grandes ideales convocaron a miles a rezar, estudiar, peregrinar y gobernar buscando a Dios; y recuerda, asimismo, que la fidelidad a esos ideales exigió correcciones constantes, nuevas reglas y mejores métodos. Mirada así, esta etapa dejó estructuras (órdenes, universidad, derecho canónico) y lenguajes (escolástica, liturgia, teología) que sostendrán, para bien y para mal, el despliegue posterior de la cristiandad occidental.